

# El construccionismo y la cognición social: metáforas de la mente

## *Constructionism and social cognition: metaphors of the mind*

Eduardo CRESPO SUÁREZ<sup>1</sup>

Universidad Complutense de Madrid  
Departamento de Psicología Social  
ecrespo@cps.ucm.es

### RESUMEN

*Las teorías en las ciencias humanas y sociales, se constituyen siempre sobre un modelo o metáfora del ser humano. Las principales metáforas que han configurado la concepción de la mente son las representacionistas (la metáfora del homúnculo) y las computacionales (la metáfora del ordenador). El construccionismo puede entenderse como un conjunto de ideas, articuladas en torno a la concepción de la mente como relación y el conocimiento como construcción social. La metáfora de la construcción social supone que la realidad, tal como la conocemos y la vivimos, no es ni inevitable ni ajena a la responsabilidad. El cuestionamiento de la inevitabilidad se hace, desde el construccionismo, en términos fundamentalmente epistemológicos. Se cuestiona la noción de conocimiento como propiedad individual. La inevitabilidad, tal como la abordan los construccionistas, es un problema de tipo político que tiene que ver con la producción de descripciones de la realidad que se nos presentan como hechos obvios y, por tanto, no cuestionables. El construccionismo social pretende funcionar como una teoría generativa que sirva para socavar el compromiso con los sistemas predominantes de construcción teórica y para generar nuevas opciones de acción.*

### ABSTRACT

*Theories in the social and human sciences are always based on a model or metaphor of the human being. The main metaphors that have configurated the conception of the mind are the representational (the homunculus metaphor) and the computational (the computer metaphor). Constructionism can be understood as a set of ideas articulated around the conception of the mind as a relationship and the conception of knowledge as a social construction. The metaphor of social construction implies that reality, as we know and live it, is not inevitable nor alien to responsibility. The questioning of the inevitability is basically made, from a constructionist point of view, in epistemological terms. Knowledge as an individual possession is questioned. Inevitability, as it is approached by constructionists, is a political-type problem, related with the production of descriptions of the reality that appear to us as obvious facts and then unquestionable. Social constructionism tries to function as a generative theory able to undermine the engagement with the predominant systems of theoretical production and to generate new options of action.*

**SUMARIO** 1. Las metáforas de la mente. 2. La metáfora del homúnculo. 3. La metáfora del ordenador. 4. La metáfora construccionista. 5. El cuestionamiento de la práctica. 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas.

En el año 1859 George Eliot escribió un extraño relato titulado *El velo alzado*. En él cuenta la historia del joven Latimer que, como consecuencia de una enfermedad, adquiere la capacidad de entrar en las mentes ajenas y poder leer sus pensamientos. Es un don trágico, ya que el conocimiento de los secretos del pensamiento ajeno no sólo le hace previsible sus actos, sino que le muestra la banalidad y miseria de sus intenciones. Sólo la joven Bertha permanece oculta por el velo del misterio, velo que permite construir la ilusión de un ser amado del que «sólo leía sus pensamientos a través del lenguaje de sus labios y actitudes». Su fatal destino, sin embargo, le lleva a que finalmente se alee también el velo que cubre los pensamientos de quien había llegado a ser su esposa, desvelándose de modo trágico la mediocre y odiosa mente de la amada. El relato de George Eliot –seudónimo tras el que se oculta/defiende una mujer, Mary Ann Evans– se ancla en una metáfora, la de la mente humana como un santasantorum que, al igual que en el templo de Salomón, está cubierto de velos y resulta inaccesible a los humanos.

La metáfora de la mente como un reducto interior, el más profundo y verdadero, del sujeto individual, es una metáfora potente, en torno a la cual se ha configurado una visión del ser humano que constituye el sustrato de gran parte de la psicología moderna. El pensamiento, según esta visión, es una propiedad individual, es el origen de las acciones y palabras que podemos considerar racionales, y se constituye en el último fundamento de un sujeto que busca angustiosamente la certidumbre. Esta angustia de la certidumbre es la que caracteriza, tal como nos señalaba hace unos años Richard Bernstein<sup>1</sup> en la Residencia de Estudiantes, el pensamiento de Descartes. Esa angustia es la misma que aterroriza en el relato de Eliot y la que sobrecoge en la intuición de Yahvé.

El hombre moderno, en su afán de convertir el terror en planificación y el misterio en mercancía, se lanzó a la aventura de explorar las profundidades de la caverna (otro mito/metáfora del desvelamiento), diseñando entre otras

cosas una psicología que con método, como Descartes, desbrozase/desforestase el camino hacia la más íntima posesión de los sujetos, su cognición y su personalidad. Después de muchos esfuerzos hay quienes empiezan a decir que el rey está desnudo, que por mucho que ahondemos no salimos de la superficie, porque, tal vez, se ha planteado la pregunta inadecuada y se está buscando en el sitio equivocado: el problema que tenemos no es el de la certidumbre sino el de la comunicación. La cuestión que nos atañe no es cómo podemos llegar a estar seguros, cómo podemos lograr la certidumbre de que lo que pensamos sobre el mundo y sobre los demás es cierto, sino más bien cómo es posible comunicarse y entenderse. El acceso a las otras mentes no es, por tanto, un problema de desvelamiento sino un problema de comunicación: la verdad, el sentido, no está dentro de los individuos sino en la relación entre ellos.

Tomemos en este caso otro relato, una extensa novela del premio Nobel del 2000 Gao Xingjian. Es también una narración llena de misterio. Todo comienza con la casual recomendación que un viajero de un tren le hace a otro para que visite *La Montaña del Alma*. La narración nos va sumergiendo en un mundo formado de relatos que se desplazan en el tiempo, desde el tiempo mítico de los orígenes (la búsqueda del bosque primitivo y del hombre salvaje) al tiempo del presente. Pero no hay un relato lineal: tampoco hay exactamente una historia. Llega un momento en el que carece de sentido pretender saber si se nos está contando una historia, el relato de un viaje. Se mezclan lugares reconocibles con otros sugerentes, y abandonamos la pretensión de saber si se va a algún sitio, porque el viaje ha dejado de tener dirección para ser puro movimiento, un movimiento que nos mece y sumerge. El misterio nos termina envolviendo. El misterio, en este caso, no se descubre y ciertamente no se desvela, sino que más bien se construye. Carece de sentido preguntarnos siquiera por la identidad del narrador, que no sabemos muy bien si es uno o más de uno. Y es que el misterio no es algo que está dentro y que se nos va

<sup>1</sup> Bernstein, R. El resurgimiento del pragmatismo. Conferencia dada en el CSIC (Madrid) el 3 de marzo de 1993.

desvelando (bien sea el misterio de la antigua China imperial, el misterio de la supervivencia a la Revolución Cultural o el propio misterio del narrador); el misterio, en realidad, se va produciendo en la lectura y se constituye como una relación lograda. Indudablemente se trata de una ficción, pero uno tiene la sensación de que no se le ha mentado, que la ficción no es en este caso una mentira, sino un honesto ejercicio de aquello que nos une, el lenguaje. El autor no nos ha ofrecido el acceso a una verdad velada sino que nos ha llevado a un viaje que nos ha transformado.

Gao Xingjian introduce, casi al final de *La Montaña del Alma*, un extraño capítulo donde el escritor entabla una discusión con alguien que le cuestiona su modo de escribir y le dice que eso no es una novela, que no cuenta una historia completa, que no respeta ningún orden, y sobre todo, que no tiene un personaje principal. A lo que el escritor —en el juego de espejos que está montando— responde:

—¿Acaso «yo», «tú», «ella» y «el» no son en mi libro personajes? —pregunta él.

—Pero si no son más que pronombres personales! Utilizar diferentes enfoques descriptivos no es obice para no trazar el retrato de los propios personajes. Aunque considere usted estos pronombres personales como personajes, su libro no tiene ninguna figura definida. Y tampoco cabe hablar de descripciones.

El dice que no pinta retratos.

Esta es la otra cuestión que atraviesa la metáfora de la mente velada y oculta: el contenido de la mente son representaciones. La fidelidad con que los científicos logremos reproducir esas representaciones o retratos será la garantía de la verdad de nuestras afirmaciones sobre la mente. Nuestros estudios se van a dedicar, por tanto, a indagar la representación que las personas tienen de la realidad (opiniones, actitudes...), a los mecanismos que la perturban (estereotipos, prejuicios...) y a las diversas maneras —métodos— que podemos desarrollar para luchar contra la desgracia de todos los velos que se nos han puesto en el camino de la verdad.

Los psicólogos construccionistas dicen, como Gao Xingjian, que no se dedican a pintar retratos, que la psicología haría bien en cambiar de objetivo (aunque no necesariamente de profesión). Su pretensión no es re-tratar la psique o alma humana, descubrir lo

profundo, la base y cimiento de la mente humana, las leyes eternas que rigen su funcionamiento. Su pretensión es toda la contraria: explorar las posibilidades de relación que los humanos pueden establecer entre sí, con la convicción de que el saber psicológico no se caracteriza por el progresivo desvelamiento de una verdad oculta sino por su capacidad de proponer nuevas formas de relacionarse y vivir, en definitiva, de darse sentido o, si se quiere, de construir la realidad, que es siempre nuestra realidad. Al igual que con nuestro escritor chino, el viaje hacia la montaña del alma se convierte en una proliferación de relatos que irritan a sus críticos.

La reacción del *establishment* psicológico a las propuestas construccionistas era previsible: Gergen publicó en 1973 *Social psychology as history*, un artículo en el que proponía que la psicología social no era tanto una historia de descubrimientos (el progresivo desvelamiento de la naturaleza) cuanto el descubrimiento de la historicidad de los procesos psicológicos. La reacción fue inmediata: Schlenker le contestó con un artículo de título también expresivo: *Social psychology as science*, donde la ciencia reclamada era positivista y experimental. Cuando más recientemente, en octubre del 2001, volvió Gergen a publicar en el *American Psychologist*, la revista oficial de la APA (*American Psychological Association*), un artículo sobre *Psychological science in a postmodern context*, se le contestó, en el número de abril del 2002, con una batería de nueve artículos en los que se decía, entre otras cosas, que lo que Gergen proponía es un «ántrax intelectual» (Locke, 2002) que, como mucho, puede valer para «una tertulia» (Kruger, 2002). Al igual que hace 25 años lo que se reclama es «más ciencia, no menos»: «La psicología necesita más objetividad, no menos; necesita menos orientaciones filosóficas y teóricas, no más; y la ciencia de la psicología necesita ser más exacta y dura y no más blanda» (Hofmann 2002). La irritación y desprecio que se percibe cuando se leen estos artículos (no faltos, a veces, de cierto fundamento) va más allá del mero debate científico. Creo que la psicología establecida tiene auténtico pánico de verse cuestionada como ciencia natural y verse arrastrada a los pantanosos territorios de las llamadas ciencias humanas y sociales, para las que los recursos

son cada vez más escasos, porque, para ésta, por encima de todo, lo que no se puede poner en cuestión es que «el mundo necesita desesperadamente los beneficios de una psicología científica y los avances acumulados que ésta puede ofrecer» (Friedman, 2002).

## 1. Las metáforas de la mente

Las teorías psicológicas, como todas las teorías en las ciencias humanas y sociales, se constituyen siempre sobre un modelo o metáfora del ser humano. Bien de modo explícito o implícito todas las teorías psicológicas o psicosociales implican una idea de qué se entiende por ser humano. En este sentido son teorías deudoras, en cierto modo, de las mentalidades e ideologías de su tiempo. Las teorías científicas se nutren de las metáforas disponibles en la sociedad en que se desarrollan, pero a su vez se constituyen también – y cada vez más – en productoras de metáforas e interpretaciones que son utilizadas por las personas comunes para dar sentido a su existencia. Este segundo aspecto, de la institución científica como productora de metáforas o representaciones que terminan constituyéndose en herramientas cotidianas de producción de sentido, es de gran importancia en el caso de la psicología. Ya hace años Moscovici estudió el caso del psicoanálisis y de los conflictos ideológicos y políticos implicados en su difusión social en un momento muy preciso de la historia de Francia; hoy podemos observar, en este sentido, cómo muchos conceptos frecuentes han terminado convirtiéndose en términos de uso común, banalizados y trivializados pero no por eso menos eficaces en la producción de explicaciones cotidianas (y si no, piénsese en los cambios habidos en muy poco tiempo en la concepción común sobre la sexualidad infantil, por ejemplo).

A mi entender el construccionismo no es ni una escuela ni exactamente una teoría. Podemos entender el construccionismo como un conjunto de ideas, articuladas en torno a una metáfora: la idea de la mente como relación y el conocimiento como construcción social. Algunos psicólogos construccionistas, especialmente Cergen, han señalado que la principal función de la psicología, como ciencia y como

profesión, es contribuir a la proliferación de metáforas y explicaciones, que permitan romper con la realidad que se nos presenta como monolítica e inamovible. La fuerza de la metáfora de la construcción social creo que es esa: que las interpretaciones y sentidos que damos a la realidad no son las únicas posibles, y para ello, en lugar de reforzar la idea de que la mente humana es una máquina – más o menos ajustada – de reproducir la realidad, se propone que los humanos somos sujetos capaces de establecer una gran diversidad de relaciones y hacer proliferar conjuntamente multitud de realidades. Para ello, resulta necesario deconstruir las metáforas psicológicas en las que vivimos, que son radicalmente individualistas: la mente – y lo que de ella se deriva: razón y responsabilidad – es, para este modelo de sujeto individual y autocontenido, un problema de los individuos (Sampson, 1987; Shotter 1993, 1999) y a esa obviedad inevitable es a la que opone el construccionismo.

## 2. La metáfora del homúnculo

El modelo del hombre interior u homúnculo es una de estas metáforas de la mente. Según este modelo el ser humano tendría una entidad o ser interior, que interpreta y lee los datos que le proporcionan los sentidos. Es un modelo que podemos encontrar tanto en el lenguaje cotidiano como – de modo más o menos sofisticado – en la conceptualización científica de la mente. Sus orígenes se remontan al animismo, a la noción de que tenemos un alma o psique dentro de cada ser humano, que controla y dirige la acción. Su presencia en la psicología fue analizada brillantemente por Gilbert Ryle (1949) quien utilizó la expresión de «el fantasma en la máquina» para referirse al uso de los conceptos mentalistas en contextos positivistas.

El modelo del homúnculo implica generalmente una metáfora representacionista: el hombreillo interior se representa el mundo como un retrato y dirige la reacción adecuada al significado de ese retrato.

La primera psicología científica y experimental, a finales del siglo XIX, está vinculada a esta metáfora. Fue una psicología mentalista, orientada al estudio de la mente: su teoría

era asociacionista, entendían la mente como un dispositivo de asociaciones y su metodología era introspeccionista: el modo o método de acceder a la mente era la introspección. En ella se plantea de modo muy claro y empírico el problema de la conciencia, entendida como un núcleo interno de inteligibilidad. La conciencia —al menos la de los sujetos entrenados para los experimentos— puede no sólo observar lo que ocurre en el mundo y hacer afirmaciones en primera persona («yo percibo/recuerdo/siento X») sino que se considera que también puede «ver» lo que ocurre dentro de uno mismo («mi percibir/recordar/pensar consiste en...»). Como dice Riviere (1991) «Este salto presupone que en la conciencia de la relación con objetos que la mente elabora, se incluye una conciencia de los procesos o estructuras que permiten esa relación.» (p. 198). Esta segunda faceta de la conciencia, de auto-observación o de percepción interna es la que fundamenta el método de la introspección. Esta concepción de la mente como foco interno de luz, aunque ya es tratada en la psicología científica en términos naturalistas y estudiada con métodos experimentales, sigue siendo deudora del modelo del homínulo, de la noción de una conciencia dentro de la conciencia, que constituye durante siglos la concepción dominante de la mente.

### 3. La metáfora del ordenador

Las metáforas más frecuentes hoy en día, sin embargo, son de tipo informático y electrónico. El prototipo es ciertamente el del ordenador: el cerebro es el hardware y la mente el software. Esta metáfora es potentísima ya que visualiza lo invisible —la información procesada—, dada la familiaridad actual con los ordenadores, pero sobre todo, permite resolver ilusoriamente la vieja dicotomía cerebro/mente, así como las legitimidades de los campos científicos que les corresponderían: los biólogos estudian el hardware y los psicólogos el

software. En este caso el origen de la metáfora no es el mundo de las creencias populares o religiosas sino el de la ciencia. Es la idea de la máquina pensante propuesta por Alan Turing en 1950 y que constituye el inicio de los estudios sobre Inteligencia Artificial. La originalidad de Turing estriba, como casi siempre, en haber cambiado la pregunta habitual. En lugar de preguntarse si pueden pensar las máquinas, lo que se pregunta es qué se puede entender por pensamiento. En lugar de hacer suposiciones sobre las profundidades mentales, sugiere que nos limitemos a observar las respuestas consideradas inteligentes y que se dan ante situaciones concretas. La idea de Turing es que es posible diseñar una máquina que de respuestas similares a las que da un humano de quien se dice que las ha pensado. Una máquina de cómputo digital puede, en principio, simular el comportamiento que se caracteriza como inteligente. Este comportamiento vendría caracterizado como la resultante (*output*) de un proceso de computación de representaciones. La imitación sería posible ya que estas máquinas son universales, en el sentido de ser capaces de computar cualquier algoritmo bien definido. La metáfora del ordenador va a tener una gran difusión y aceptación, configurando una línea de investigación en psicología cognitiva en la que la actividad mental se entiende como procesamiento de información.<sup>2</sup>

La psicología cognitiva ha ido desplazando a la psicología conductista como prototipo de saber científico. El centro de la psicología cognitiva es la recuperación de los procesos mentales, entendidos como procesamiento de información o, dicho de otro modo, como computación sobre representaciones. Su núcleo metafórico es el de la computadora como modelo del sujeto inteligente. La metateoría sigue siendo empirista, como lo era en el conductismo: existe una clara separación entre sujeto y objeto del conocimiento; el proceso de conocimiento se considera, a su vez, analizable en términos extensionales, susceptibles

<sup>2</sup> El problema se presentará, por una parte, a la hora de traducir en algoritmos bien definidos los mecanismos de procesamiento, y por otra al precisar qué se entiende por información; los algoritmos que puedan traducir, por ejemplo, la polisemia son de difícil delimitación, se ha intentado con la llamada lógica borrosa, pero de momento con escaso éxito, por ejemplo, a la hora de traducir textos medianamente complejos.

por tanto de ser traducidos operacionalmente en variables: las características de ese proceso pueden ser expresadas en términos de hipótesis puestas a prueba de forma experimental. Los dos elementos básicos del proceso son las representaciones y las computaciones. Las representaciones son los equivalentes mentales (cogniciones) de los estímulos (información). La computación, para ser coherente con el modelo, debe ser expresable en un algoritmo, que sería el algoritmo procesual.

No voy a intentar dar una idea de conjunto de lo que supone la psicología cognitiva moderna. Es una tarea que carece ahora de sentido y proporción. Sólo señalaré alguna cuestión sobre la concepción de la representación en el modelo<sup>3</sup>.

Un dispositivo universal de computación, como la máquina de Turing, es un dispositivo formal: permite computar cualquier tipo de información, siempre que se presente en términos formales (en este caso, digitales, como bits de información). Esos *inputs* son posteriormente procesados conforme a los algoritmos que constituyen los procedimientos programados, dando lugar a una salida, respuesta o *output*.

Existen teorías y modelos cognitivos de tipo formal. En la psicología social los casos más conocidos, probablemente, son el de la teoría de la disonancia cognitiva y el del modelo de atribución causal de Harold Kelley. A ellos me referí con más detenimiento en otras ocasiones (Crespo 1995). Ahora señalaré únicamente que la disonancia es un proceso de cómputo no formalizable (se remite a la psicológica, a lo que es ilógico o contradictorio para cada sujeto) sobre unidades analíticas imprecisas (cogniciones como equivalentes a opiniones, actitudes y creencias en general). Lo que me parece sin embargo importante señalar es que la

teoría de la disonancia, al igual que otras teorías cognitivas, nos puede ser de gran utilidad en nuestros procesos de análisis, con tal de que abandonemos la pretensión metateórica que la fundamenta: no estamos descubriendo una ley universal del procesamiento de información por parte de los humanos, sino observando una estrategia bastante habitual de enfrentarse al cuestionamiento personal que puede suponer el caer en una contradicción manifiesta.

La mayoría de las teorías de cognición social, sin embargo, no se formulan en términos formales. Se produce en ellas una mezcla de conceptos intencionales, propios de la cotidiana gramática psicosocial (opiniones, actitudes...), con conceptos construidos o constructos, propios de un lenguaje formalizado. El punto crucial de este tipo de modelos cognitivos está en el concepto de representación.

Sin embargo, el concepto de representación se toma en la mayoría de los modelos de cognición social de un modo aproximativo. Los estudios experimentales suelen dar por buena una equivalencia entre variables de tratamiento y variables de estado, sin tener ninguna explicación ni evidencia plausible respecto a dicha equivalencia. Las variables de tratamiento son las situaciones a las que son expuestos los sujetos experimentales, por ejemplo, información que reciben, recompensas que se les administran, situación en la que se encuentran, grupos a los que pertenecen etc.. Las variables de estado son las situaciones cognitivas que se les suponen como consecuencia del tratamiento (disonancia, activación de la identidad grupal...).

Esta mezcla entre conceptos formales y conceptos intencionales se traduce en una ambigüedad que marca los límites de las pretensiones empiristas de descubrir leyes de la

<sup>3</sup> Desde un punto de vista coherentemente naturalista el problema sobre la naturaleza de la representación es probablemente el principal problema del cognitivismo. Es un territorio en el que actualmente intentan converger la psicología y las neurociencias. En él las estrategias de investigación son diversas, desde la formulación de modelos generales sobre la estructura de la mente (sobre su estructura modular, por ejemplo) que intentan explicar el tránsito del estímulo a la cognición (véase p.e. Chomsky 1998) a las diversas estrategias de indagación neurológica (véanse p.e., los trabajos de Maturana y Varela (1998), quienes conciben el conocimiento como una característica de la relación autopoiética de todo ser vivo con su medio). La investigación naturalista sobre la cognición se sitúa, en gran medida, a niveles subpersonales de análisis, es decir, a niveles donde no son relevantes los conceptos proposicionales e intencionales de representación y, en cualquier caso, ésta no se da como una obviedad.

naturaleza humana, pero que sin embargo no anula un posible interés desde el punto de vista de una psicología o etnografía cognitiva, en la que se estudien hábitos de pensamiento (modos de razonar) y no simplemente contenidos o creencias compartidas.

A mi entender el principal problema que tienen los modelos sociocognitivos dominantes<sup>4</sup> es que, por su propio fundamento epistémico, se orientan hacia la búsqueda de procesos estables e invariantes, susceptibles de formulación como mecanismos cognitivos y, por tanto, universales, trabajando sin embargo con materiales sociológicos<sup>5</sup>. La diferencia principal entre un saber naturalista y un saber social (utilizando ahora de modo grueso la distinción, que es susceptible de muchos matices) es que el primero pretende averiguar lo que es y siempre fue, mientras que el segundo pretende más bien indagar en cómo sería posible que las cosas fueran de otra manera<sup>6</sup>.

Mientras la psicología cognitiva actual está evolucionando hacia las neurociencias y constituyendo su nivel de análisis a nivel subpersonal; la psicología social cognitiva ha quedado varada en un modelo epistémico incongruente, aunque de tremenda popularidad y prestigio.

#### 4. La metáfora construccionista

El construccionismo lo podemos entender como un conjunto de propuestas alimentadas

por una metáfora, la metáfora de la construcción social. Se trata de una metáfora que ha tenido un éxito notable y se ha llegado a convertir en un término bastante habitual en el discurso académico e incluso cotidiano. En la noción genérica o metáfora de la construcción social encontramos la idea de que la realidad, tal como la conocemos y la vivimos, no es ni inevitable ni ajena a la responsabilidad. Esa es su fuerza y —cuando es utilizada sin medida— también su debilidad. La inevitabilidad, tal como la abordan los construccionistas, es un problema de tipo político que tiene que ver con la producción de descripciones de la realidad que se nos presentan como hechos obvios y, por tanto, inevitables y no cuestionables. El interés de las propuestas construccionistas —con frecuencia asociadas a una sociología crítica de la ciencia— es la propuesta de que una de las principales agencias actuales de producción de hechos e inevitabilidades es la propia ciencia. Desde las instituciones científicas se proponen continuamente descripciones y explicaciones de campos cada vez más amplios de la vida, que en su divulgación se nos presentan como hechos naturales y, por tanto, no cuestionables. Esta actividad de producción o construcción científica de la realidad es especialmente problemática en el caso de un saber, como el de la psicología, que se mueve en el límite entre las ciencias naturales y sociales.

Este cuestionamiento o intromisión en el campo de la producción científica ha creado

<sup>4</sup> La psicología social europea se mueve, en este sentido, en un terreno más complejo que la norteamericana. Las teorías sociocognitivas dominantes en Europa son la teoría de las representaciones sociales y la teoría de la categorización social que admiten tanto un desarrollo psicologista como un desarrollo sociológico. Esta ambigüedad se manifiesta en escuelas o líneas de investigación diferenciadas, especialmente en el caso de la teoría de las representaciones sociales.

<sup>5</sup> En un estudio reciente (Trouilloud et al. 2002) se pone a prueba el llamado efecto Pygmalión que es una variante del fenómeno sociológico, bien conocido, de la profecía que se cumple a sí misma. El estudio es muy interesante, en él se ponen a prueba tres tipos de hipótesis sobre el efecto que el profesor tiene en los alumnos de una clase de educación física. En la situación que se investiga se pone de manifiesto que hay muy escaso efecto de las expectativas anticipadas y sí un efecto principal de exactitud predictiva por parte de los profesores. Si se interpreta esta investigación desde un punto de vista naturalista debería considerarse que el efecto Pygmalión ha sido falsado y que, después de las necesarias réplicas experimentales, deberíamos abandonar tal explicación. Pero la cosa no es así —y creo que nunca lo ha sido: pocas, si alguna, han sido las teorías psicosociales rechazadas por evidencia experimental. Lo que la investigación pone de manifiesto, a mi entender, es la complejidad de las situaciones de evaluación (que son situaciones sociales) y la necesidad de evitar explicaciones simplistas.

<sup>6</sup> La psicología social está muy marcada por la divergencia de intereses de conocimiento que Habermas analizó lúcidamente. Aunque a partir de los años 50 predomina una concepción psicologista y positivista, la preocupación por el cambio está en la mejor tradición de la psicología social, tanto experimental como no experimental: el estudio de Sherif (1958), por ejemplo, sobre la importancia de las tareas supraordenadas en la resolución de conflictos sigue siendo un clásico.

una reacción muy fuerte. El caso Sokal fue paradigmático de la reacción de los científicos «duros»: fue considerado como una demostración experimental de la estupidez de los filósofos e intelectuales posmodernos, ansiosos de legitimación desde las ciencias físico-naturales. El caso es que el reciente escándalo Schön (el del físico que ha estado a punto de ser premio Nobel y que se inventaba sus datos, publicados en las revistas de mayor prestigio científico) se considera sólo un error en los comités de redacción y un problema exclusivamente personal. Yo creo que hay algo de verdad en la crítica a la papanatería y a un uso esotérico del lenguaje por parte de cierta retórica construccionista y posmoderna, pero creo que esta crítica no anula el problema de fondo, el de las instituciones científicas como productoras de versiones políticas de la realidad que se consideran no discutibles por los profanos, como productoras de verdad.

La metáfora construccionista tiene una dimensión política innegable. Tal como dice Ian Hacking (2001) «un uso primario de "construcción social" ha sido para concienciar. Esto se hace de dos maneras distintas, una general, la otra más concreta. Primero, se insiste en que una gran parte (o la totalidad) de nuestra experiencia vivida, y del mundo que habitamos, han de ser considerados como socialmente contruidos. Después están las reivindicaciones concretas acerca de la construcción social de un X específico.» (p. 25).

El cuestionamiento de la inevitabilidad se hace, desde el construccionismo, en términos fundamentalmente epistemológicos. Se parte de un cuestionamiento de la misma noción de conocimiento como propiedad individual. Tanto la metáfora del homínulo como la del ordenador dan por supuesto que el conocimiento es una representación de la realidad en la mente del sujeto individual. La psicología que de esta concepción se deriva se orienta al estudio de sujetos individuales que, en todo caso, pueden verse afectados por las condiciones sociales de existencia. Si se considera, sin embargo, como se hace desde una posición construccionista, que la unidad de análisis para el estudio del conocimiento no son los individuos sino las relaciones, se está cuestionando una psicología que no sea social y, como consecuencia, se cuestiona el carácter

tecnológico de las intervenciones y aplicaciones prácticas de la psicología. Hay, pues, dos obviedades/inc inevitabilidades que se ponen en entredicho: que el conocimiento –y sus concomitantes, la razón y la responsabilidad– sean propiedades –y problemas exclusivos– del individuo y por otra parte, la obviedad de que la intervención psicológica sea la aplicación técnica de un saber científico universal. La primera implica un cuestionamiento del cognitivismo en psicología pero también una defensa del relativismo en epistemología. La segunda, supone una politización explícita de la práctica profesional psicológica.

La crítica construccionista intenta ir más allá de la crítica ideológica (que implica una cierta idea de la «verdadera» naturaleza de las cosas, que se encontraría oprimida y oculta) y de la crítica literaria-textual (que no sabría salir de la prisión del texto). Contra lo que le atribuyen muchos de sus críticos, Gergen plantea explícitamente la crítica construccionista como una crítica social. Haciéndose eco de la crítica foucaultiana Gergen considera que «es a través de una apreciación crítica del lenguaje como podemos alcanzar una comprensión de nuestras formas de relación con la cultura y, a través de él, abrir un espacio a la consideración de las alternativas futuras. En lugar de considerar la crítica como reveladora de los intereses sesgados podemos considerarla como aclaradora de las consecuencias pragmáticas del propio discurso.» (Gergen, 1996:71). Para poder salir de «la cárcel infinita de ideología y texto» en la que le situaría una deconstrucción meramente textual, Gergen acentúa el carácter pragmático del discurso: la reflexión discursiva permite reconocer otras realidades y dar entrada a nuevos tipos de relaciones. La deconstrucción se convierte en construcción social de nuevas formas de relación y, por tanto, en nuevas formas de realidad. El análisis crítico no se dirige ya a alzar el velo de los intereses o prejuicios que encubren la realidad y trastocan la mente. El análisis crítico construccionista se dirige más bien a explorar cómo podrían concebirse de otra manera las cosas y qué tipo de relaciones podrían establecerse a partir de esas nuevas concepciones. En lugar de buscar en el fondo la verdad oculta, se multiplican en la superficie las posibilidades de relación, con la espe-



ranza (¿vana?) de que multiplicando las posibilidades de comprensión se abran nuevas posibilidades de convivencia. La emancipación construccionista no se plantea, por tanto, en la búsqueda de la «verdad» (o la propia identidad «auténtica») y en el combate del error, sino en la liberación de la cárcel de la inevitabilidad, en la concepción de nuevas formas de entender la realidad que permitan nuevas formas de relación. En este giro de intereses el construccionismo supone una alternativa al individualismo. Al individualismo en tanto en cuanto se pone radicalmente en cuestión que sea el individuo la unidad básica de acción y, en cierto modo, de responsabilidad. El cuestionamiento del individualismo conlleva una puesta en cuestión de multitud de evidencias y obviedades. La principal obviedad que se pone en cuestión es que sea el sujeto individual el último depósito de la razón y, por tanto, de la verdad y el error. La verdad no es un estado de la realidad que se descubre sino un tipo de afirmación sobre la misma que se discute y pone a prueba; es un problema práctico.

## 5. El cuestionamiento de la práctica

La propuesta construccionista tiene, al menos, dos consecuencias importantes: supone un cuestionamiento radical de la epistemología empirista, al cuestionar la posibilidad de un conocimiento no situado, de un conocimiento con pretensiones universales y ahistóricas de verdad y, por otro, supone un cuestionamiento de la legitimidad imperante en la profesión de psicólogo. La legitimidad de la práctica no vendría dada por la capacidad de aplicar los conocimientos sobre leyes bien establecidas acerca de los procesos cognitivos, sino en su capacidad de racionalización práctica, en la posibilidad de aportar una apertura de los puntos de vista. En este terreno es muy interesante el análisis que Gergen (1996) realiza sobre los efectos perversos no deseados de la extensión de aquellas profesiones que, como la psicología o la psiquiatría, se orientan explícitamente hacia el mejoramiento de la condición humana. Son muy significativos los datos que aporta sobre la expansión de las asociaciones profesionales y la expansión de lo que denomina discurso del déficit. Es éste un discurso com-

plementario del discurso naturalista, orientado a descubrir las leyes de la naturaleza y proclive, por tanto, a considerar como un déficit o sesgo aquellas situaciones que no se atienen a ella. El estudio que hace de la estructura de este discurso es muy interesante, aunque una echa en falta un análisis del poder disciplinar, tal como lo analizaba, por ejemplo, Foucault, como una práctica que marca el cuerpo. Este poder parece que se nos deshace cuando se considera sólo como una práctica discursiva.

La crítica construccionista de la práctica psicológica no pretende descalificar a ésta en su totalidad. La idea de Gergen, por ejemplo, es que los argumentos construccionistas contienen un potencial enorme para las ciencias humanas y en especial para la psicología. La principal aportación de estas ciencias consistiría en el influjo que ejercen sobre las *inteligibilidades dominantes*, en los modos de dar sentido que operan en una determinada sociedad y contexto. Ahora bien, estas inteligibilidades no son consecuencia de una descripción objetiva de la realidad, términos éstos —de realidad y objetividad— que se consideran contruidos y, por tanto, contingentes y relativos a su contexto de producción. Podríamos ejemplificar este giro práctico recurriendo a dos expresiones de uso común: en lugar de analizar las situaciones problemáticas diciendo «esto no es nada más que...» (una manifestación de un proceso psicológico cuyas leyes se conocen)», lo que supondría una aplicación tecno-científica, la propuesta construccionista sería del tipo: «si cambiásemos el modo habitual (obvio) de verlo y lo entendiésemos de esta o esta otra manera, las situaciones sería, tal vez, abordable de modo más racional (menos violento, con menos sufrimiento, más productiva etc.)». El construccionismo social pretende, por tanto, funcionar como una teoría generativa que sirva para socavar el compromiso con los sistemas predominantes de construcción teórica y para generar nuevas opciones de acción.

## 6. Conclusiones

Las posturas denominables como construccionistas son muy diversas y carece de sentido englobarlas en una escuela. La con-

versión de una corriente de pensamiento plural en una escuela lleva a un doble movimiento de cierre gestáltico, de asimilación entre las opiniones que se consideran propias de la escuela y el contraste contra las ajenas. El debate con el construccionismo y mucho más con el posmodernismo toma a veces un carácter escolástico. No pretendo participar en un debate escolástico ni tampoco pasar revista ni hacer balance del construccionismo. Es una tarea que me excede y que no me interesa. Creo que el construccionismo social ha aportado análisis y puntos de vista muy interesantes y también ha manifestado muy serios límites, lo que se manifiesta en ciertos síntomas de agotamiento.

El construccionismo tiene, por supuesto, muchos aspectos problemáticos. Probablemente el que más polémica ha suscitado es el referente al relativismo. El cuestionamiento del carácter individual y autocontenido del conocimiento humano pone en entredicho toda la tradición racionalista poscartesiana, preocupada por encontrar un cimiento firme para las afirmaciones sobre el mundo. El relativismo es una consecuencia del giro lingüístico y pragmático. Existe un relativismo epistémico y un relativismo moral. El relativismo epistémico tiene que ver con las pretensiones de verdad; el relativismo moral, con la posibilidad de establecer valores transpersonales y universales. Sobre estas cuestiones se ha escrito ya mucho y no voy a entrar ahora en ello. Solamente quiero señalar una cuestión que me resulta curiosa: nadie parece identificarse en este debate con la posición que le asignan sus opositores. Es una polémica que hace recordar aquella frase citada por Isaac Beshavis Singer en *Amor y exilio* «han inventado una persona y combaten contra ella». Yo no termino de ver que los construccionistas consideren que no sea posible hacer afirmaciones fundadas sobre la realidad, que permitan tomar decisiones y mucho menos que consideren que moralmente «todo vale», tópico que ya causa como un mantra recitado por todo tipo de anti-posmodernos. No pretendo banalizar la cuestión del relativismo, creo que en este mismo número hay algunos artículos que lo tratan con profundidad y ciertamente no faltan escritos muy agudos sobre el tema. Pero creo sinceramente que el problema político más importante

que tenemos en nuestra sociedad no es el relativismo sino el absolutismo y el autoritarismo. La realidad política cotidiana no creo que esté marcada tanto por la desmoralización posmoderna como por el autoritarismo de todo signo que nunca estuvo tan fuerte. Lo que los construccionistas dicen —junto con otros muchos— es que una parte de ese autoritarismo se alimenta de afirmaciones que se nos presentan como obviedades inevitables, y que una fuente importante de estas afirmaciones está hoy en día en ciencias bien asentadas. Una de esas ciencias es la economía, otra la psicología.

Además de los límites y matices necesarios al relativismo construccionista quisiera comentar, para concluir, un par de problemas que caracterizan al enfoque construccionista. Uno es el énfasis casi exclusivo en las prácticas discursivas. Creo que es necesario —y cada vez más— analizar las construcciones discursivas de la realidad junto a las condiciones de posibilidad de dicho discurso. Estas condiciones de posibilidad son tanto culturales como materiales. No todo el mundo puede decir/explicar cualquier cosa sobre cualquier asunto en cualquier sitio y a cualquier persona. El poder simbólico —y su contraparte, la libertad y la resistencia simbólicas— tiene una dinámica compleja que implica recursos de muy distinta índole. El énfasis exclusivo en las formas de comprensión y sentido (y las relaciones que las posibilitan) hace olvidar la existencia de condicionantes materiales (biológicos, económicos, legales) que determinan las condiciones de posibilidad de las nuevas relaciones y sus inteligibilidades. El estudio del poder debe ampliarse a otras fuentes no culturales.

La otra cuestión que me parece muy problemática es el culturalismo y, más específicamente el comunitarismo de algunas versiones construccionistas como la propugnada por Gergen. En el comunitarismo construccionista la legitimidad de una concepción de la realidad se sitúa en su comprensibilidad (entendida como aceptación) en un marco comunitario determinado. La comunidad (una entidad socio-política definida por la identidad) se convierte de esta forma en el último garante de la legitimidad de las nuevas relaciones. Al fundarse la condición de inteligibilidad en el proteico concepto de comunidad, pasamos de una psicología basada en el sujeto individual a

una psicología basada en el concepto de comunidad. Ahora bien, mientras sabemos aproximadamente qué es eso del individuo —y los derechos, por ejemplo, que le asisten— resulta mucho menos claro qué es una comunidad, sobre todo cuando se plantea como fundamento de la inteligibilidad y la legitimidad. A nadie se le escapa que cuando esa comunidad es definida políticamente como grupo (nacional, de clase etc.) las consecuencias pueden ser desastrosas. No es esta la posición de Gergen, ya que habla no sólo de comunidad sino también de relación y de relación comunicativa, pero ciertamente no se ve muy clara su postura<sup>7</sup>. Mientras veamos las nuevas relaciones y realidades como una mera ampliación de las comunidades ya existentes, como una proliferación de oportunidades (para nuevas prácticas culturales, sexuales etc.), no hay problema. Las cosas cambian cuando observamos que las nuevas relaciones comunitarizadas y las nuevas relaciones que de ellas se derivan se convierten en nuevas prácticas impenetrables a la crítica y en las que, en nombre del respeto a la diversidad se ejercita un exquisito y cínico equilibrio entre agresores y agredidos. Cierta tipo de nacionalismo y los nuevos tipos de racismo (Taguieff 1992) van en esta dirección. La impenetrabilidad a la crítica se fundamenta en el refugio de una diferencia que se plantea como alternativa inconmensurable, como una realidad no contrastable con los criterios al uso y en muchos casos —y este es el problema— no contrastable nada más que con los propios criterios comunitarios. Desde posiciones construccionistas se es consciente de esta cuestión y eso es lo que ha llevado a autores como Shotter a recuperar el pensamiento marxista dialógico o la retórica y a otros, simplemente, a sentirse libres de toda adscripción escolar.

La aportación construccionista a las ciencias sociales y, de modo especial, a la psicología social, ha sido —y sigue siendo—, sin embargo, muy importante. Hay dos temas en los que, a mi entender, se han hecho aportaciones relevantes: la constitución social de la subjetividad y el conocimiento social. En este artículo he intentado poner de manifiesto algunas de las aportaciones que los construccionistas han hecho con su crítica del conocimiento como propiedad individual. Para ello he recurrido a la noción de metáforas que articulan una idea de sujeto humano. Mi pretensión ha sido dar a entender que en las teorías psicosociológicas sobre la mente —en todas las teorías sociales probablemente— hay un núcleo imaginario que no es habitualmente ni definido ni precisado, que se constituye como modelo metafórico del sujeto. Creo que las propuestas construccionistas han cuestionado el modelo dominante de cognición social y, como consecuencia, han puesto en cuestión la obiedad derivada del trabajo científico, en especial del trabajo de la psicología científica, considerándola no como un proceso acumulativo de evidencias sino como un (posible) proceso de producción de relaciones<sup>8</sup>. Especialmente importante me parece el cuestionamiento por los construccionistas de la obiedad psicológica. Vivimos en un momento en el que creo que se está produciendo una psicologización política de muy diversos ámbitos de la vida pública. Es muy indicativo que el último premio Nobel de economía se haya concedido a Daniel Kahneman, un psicólogo cognitivo, como creo que es de muy hondo alcance la vinculación progresiva de los criterios de aplicación y desarrollo de políticas sociales en Europa a propuestas de cariz psicológico (empleabilidad, activación, etc.)<sup>9</sup> La consti-

<sup>7</sup> Cuando lo ejemplifica recurre a veces a situaciones muy banales; en Gergen (2001) por ejemplo relata una supuesta discusión con su mujer sobre el modo de conducir; en otros momentos se remite a las prácticas comunitaristas del Instituto TAOS, al que parece asesorar; si se indaga en las actividades de dicho grupo parece más bien un típico grupo americano dedicado al desarrollo personal, en el que la discusión política es una actividad puramente localista.

<sup>8</sup> Estas no son propuestas radicalmente novedosas. La idea del conocimiento como relación tiene una larga historia que se remonta a los sofistas y a la práctica de la retórica como una *techné* alternativa a la lógica. De modo más cercano la idea del pensamiento como relación la encontramos en el pensamiento moderno no cartesiano, desde Giambattista Vico hasta los filósofos y psicólogos pragmatistas así como en algunos psicólogos rusos (Vygotski) y semiólogos dialógicos (Bajtín).

<sup>9</sup> En esta dirección van nuestros recientes trabajos (Crespo y Serrano, 2001; Serrano y Crespo, 2002).

tución social del sujeto de la política (en este caso de las políticas sociales) está siendo transformado en la dirección de promover un sujeto motivado (por medio de estrategias de condicionamiento y aprendizaje) que desplaza al sujeto ciudadano (sujeto de derechos). Los

psicólogos construccionistas proponen una recuperación de la psicología social como saber crítico y denuncian algunas de las consecuencias performativas del discurso psicologista. Creo que este sí es un tema de nuestro tiempo.

## 7. Referencias bibliográficas

- CHOMSKY, N. (1998): *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje* Barcelona. Editorial Prensas Ibéricas.
- CRESPO, E. (1995): *Introducción a la psicología social*. Madrid, Universitas.
- ... y SERRANO, A. (2001): «The EU's concept of activation for young people: toward a new social contract?» *European Trade Union Yearbook 2001*, 295-323.
- FRIEDMAN, H. (2002): «Psychological nescience in a postmodern context» *American Psychologist* 57 (6-7), 462-463.
- GERGEN, K.J. (1996): *Realidades y relaciones*. Barcelona, Paidós.
- ... (2001): «Psychological science in a postmodern context» *American Psychologist*, 56, 803-813.
- HACKING, I. (2001): *¿La construcción social de qué?* Barcelona, Paidós.
- HOPMAN, S.G. (2002): «More science, not less» *American Psychologist* 57 (6-7), 462.
- KREGER, D.J. (2002): «The deconstruction of constructivism» *American Psychologist* 57 (6-7), 456-457.
- LOCKE, E. (2002): «The dead end of postmodernism» *American Psychologist* 57 (6-7), 458.
- MATURANA, H. y VARELA, F. (1996): *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid, Debate.
- RIVIÈRE, A. (1991): *Objetos con mente*. Madrid, Alianza Editorial.
- RYLF, G. (1949): *The concept of mind* Londres. Hutchinson.
- SAMPSON, E.E. (1989): «The deconstruction of the self», en J. Shotter y K.J. Gergen (eds.) *Texts of identity*. Londres, Sage.
- SERRANO, A. y CRESPO, E. (2002): «El discurso de la Unión Europea sobre la sociedad del conocimiento» *REIS*, 97, 189-207.
- SHERIF, M. (1958): «Superordinate goals in the reduction of intergroup conflict». *American Journal of Sociology* 63, 349-358.
- SHOTTER, J. (1993): *Cultural politics of everyday life: social constructionism, rhetoric and knowing of the third kind*. Milton Keynes, Open University Press.
- ... (1999): At the boundaries of being: re-figuring intellectual life. *UNH Conference: Social Construction and Relational Practices*, Sept 16th-19th, 1999 [http://pubpages.unh.edu/~jds/UNH\\_99.htm](http://pubpages.unh.edu/~jds/UNH_99.htm)
- TAGHIEFF, P.A. (1992): *La force du préjugé: Essai sur le racisme et ses doubles*. Paris, La Découverte.
- TROUILLOU, D. O., SARRAZIN, P. C., MARTINEK, T.J. y GUILLET, E. (2002): «The influence of teacher expectations on student achievement in physical education classes: Pygmalion revisited» *European Journal of Social Psychology*, 32(5), 591-607.